

criado de Jorge, para averiguar si sabia él que Pichegrú se hallaba en París; preguntáronle aquel mismo dia, y empleando mucha dulzura se logró que llegara á franquearse enteramente, declarando él mismo todo lo que era relativo á Pichegrú y á Moreau. Sabia menos que Bouvet de Lozier; pero lo que sabia era acaso mas significativo, porque de aquí resultó que la desesperacion producida por la conducta de Moreau, habia descendido hasta las últimas filas de los conjurados. En cuanto á Pichegrú, declaró haberle visto positivamente en París pocos dias antes, y aun afirmó que todavia se hallaba en la capital. En cuanto á Moreau manifestó que habia oido á los oficiales de Jorge lamentarse amargamente, de haberse dirigido á este general dispuesto á frustrarlo todo con sus pretensiones ambiciosas (1).

Conocidos estos hechos en el discurso del dia

(1) *Estracto de la segunda declaracion de Luis Picot, el 24 de pluvioso año XII, (14 de febrero á la una del dia) delante del prefecto de policia.—Tomo II, página 392.*

Ha declarado:

Que los gefes han sorteado el que habia de atacar al primer consul:

Que quieren apoderarse de él si lo encuentran en el camino de Boloña, ó asesinarle presentándole una peticion cuando vaya á una revista ó al teatro; que cree firmemente que Pichegrú está no solamente en Francia sino en el mismo Paris.

*Estracto de la tercera declaracion de Luis Picot, 24 de pluvioso (14 de febrero).—Tomo II, página 393.*

Ha declarado:

Que Pichegrú ha llevado constantemente el nombre de Carlos, que así le ha oido nombrar muchas veces;

14 convocó el primer consul inmediatamente un Consejo secreto en las Tullerías, compuesto de los dos cónsules, Cambaceres y Lebrun, de los principales ministros y de Mr. Fouché, que aunque no era ya ministro tenia la mayor parte en aquella informacion. El consejo se reunió en la noche del 14 al 15. La cuestion merecia un exámen sério y detenido. La conspiracion era de una evidencia incontestable, sin que admitiese duda el proyecto de acometer al primer consul con una partida de chuanes, á cuya cabeza habia de ponerse Jorge. Hacíase además indudable el concurso de todos los partidos republicanos ó realistas con la presencia de Pichegrú, que habia debido servir de medianero entre unos y otros. En cuanto á la culpabilidad de Moreau era difícil fijar su estension; pero ni Bouvet de Lozier en su desesperacion, ni Picot en su sencillez de subalterno, podian haber inventado aquella singular circunstancia del daño hecho al partido realista por las miras personales de Moreau. Era, pues, evidente que si se arres- taba á aquel general, se le hallaria denunciado á cada instante en el discurso del proceso; que estas denuncias se divulgarian, y entonces podrian creer que se le calumniaba pérfidamente ó que se le tenia miedo, puesto que no se atrevian á perseguir á un criminal, porque debajo de aquel criminal se hallaba el segundo personaje de la República.

Que ha oido hablar frecuentemente del general Moreau, y que los gefes han repetido muchos veces delante de él que estaban pesarosos de que los principes hubiesen contado con Moreau para la conjuracion; pero que ignora cuando vió Jorge á Moreau.

Esta era para el primer consul la consideracion decisiva, porque dejar poner en duda la firmeza de su gobierno, era lo que más costaba á su orgullo y á su política.—Diriase, exclamó, que tengo miedo á Moreau. No será así. Yo he sido el más elemento de los hombres, pero seré el más terrible cuando convenga serlo, y castigaré á Moreau, como á cualquiera otro, puesto que entra en conspiraciones odiosas por su objeto y vergonzosas por las relaciones que suponen.—No vació, pues, un instante en decidir el arresto de Moreau. Habia además otra razon y muy urgente. Jorge y Pichegrú no estaban presos. Habian cogido á tres ó cuatro de sus cómplices; pero los principales conjurados estaban fuera de las manos de la policía, y era posible que el temor de ser descubiertos los impeliese á precipitar la tentativa que los habia traído á Francia; por cuyo motivo era necesario precipitar también la sumaria y apoderarse de todos los gefes que podian ser habidos. De este modo se lograrían inevitablemente otros descubrimientos. Resolvióse, pues, al punto la prision de Moreau, y con la suya la de Lajolais y otros conjurados, cuyos nombres habian sido descubiertos.

El primer consul estaba irritado, pero no precisamente contra Moreau, pareciendo más bien que procuraba precaverse que vengarse. Quería tener á Moreau en su poder, convencerle, obtener las noticias que necesitaba, y perdonarle en seguida, creyendo que sería el colmo de la habilidad y de la dicha salir de esta manera de su conflicto.

Era preciso escoger la jurisdiccion. El consul

Cambaceres, que tenia gran conocimiento de las leyes, manifestó el peligro de la jurisdiccion ordinaria en un asunto de esta naturaleza, y propuso, puesto que Moreau era militar, someterlo á un consejo de guerra compuesto de los principales gefes del ejército, medida que se apoyaba en las leyes existentes; sin embargo el primer consul se opuso á ellas.—Cualquiera dirá, añadía, que he querido desembarazarme de Moreau, haciéndole asesinar jurídicamente por mis propias criaturas.—Buscó, pues, un término medio. En su consecuencia se imaginó enviar á Moreau ante el tribunal criminal del Sena, y como la constitucion permilita suspender el jurado en ciertos casos y departamentos, se decidió decretar inmediatamente aquella suspension para el departamento del Sena. A pesar del principio noble que justificaba esta falta, el público consideró la suspension del jurado como un acto tan riguroso como hubiera podido serlo el de someter á los reos ante una comision militar, de suerte que sin poder alegar el mérito de haber respetado las formas de la justicia, se incurrió en todos sus inconvenientes, como pronto veremos. Acordóse además que el gran juez Regnier redactaria un informe sobre la conspiracion que se acababa de descubrir, y sobre los motivos de la prision de Moreau, y que este informe se comunicase al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunado.

El consejo duró toda la noche. Al amanecer (15 de febrero) se envió un destacamento de gendarmes con alguaciles á la casa que habitaba Moreau y como no le encontrasen allí partieron para Grosbois, y lo hallaron en el puente de Charento

regresando á Paris. Prendieronle sin ruido y con todos los miramientos debidos, y en seguida lo condujeron al Temple. Al mismo tiempo que él fueron presos Lajolais y los empleados de viveres que habian servido de medianeros.

En aquel mismo dia se presentó al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunal el mensaje que contenia el informe de Regnier, causando un acerbo dolor á los amigos del gobierno, y una especie de alegría maliciosa á sus enemigos, mas ó menos encubiertos, de que habia quedado gran número en los cuerpos del estado. Aquella conjuracion era, segun ellos, una invencion de la policia, una maquinacion del primer consul que queria desembarazarse de un rival celoso y recobrar su popularidad comprometida inspirando temores por sus dias. Desencadenáronse las lenguas, como acontece siempre en semejantes ocasiones, y en lugar de decir: *la conspiracion de Moreau*, no faltaban chuscos que decian: *la conspiracion contra Moreau*. El hermano del general que era individuo del Tribunal, subió á la tribuna de esta asamblea, diciendo que su hermano habia sido calumniado y que para demostrar su inocencia solo pedia que lo sometieran á la justicia ordinaria y no á un tribunal especial, pues no queria reclamar para su hermano mas que los medios de hacer mas patente la verdad. Estas palabras fueron escuchadas friamente pero con pesar, pues la mayoría de los tres cuerpos al mismo tiempo que se mostraba adicta al primer consul no pudo menos de asfijirse con la lectura de aquellos documentos. No parecia sino que desde el rompimiento de la paz se habia desmentido algo la fortuna

del primer consul hasta entonces tan venturosa como grande. Nadie creia que se hubiese inventado aquella conspiracion, pero todos se afligian al ver que su vida estuviese todavia en peligro, y que fuera preciso defenderla á costa de las cabezas mas ilustres de la República. Se contestó, pues, al mensaje del gobierno con otro concebido en los términos que se acostumbran en tales circunstancias, espresando el mayor interes y adhesion al gefe del estado; y los votos mas ardientes para que se administrase pronta y cabal justicia.

Como era natural, fué muy grande el ruido causado por aquellas prisiones. La mayoría del público estaba muy dispuesta á indignarse contra toda tentativa que pusiera en peligro los dias preciosos del primer consul; dudábase sin embargo de la realidad de la conjuracion; porque aunque es cierto que la abominable máquina infernal lo habia hecho todo creible, entonces el crimen habia precedido á la instruccion de la sumaria, y se habia presentado por otra parte bajo la forma del mas cruel atentado. Esta vez por el contrario, se anunciaba un proyecto de asesinato, y al simple anuncio de un proyecto, se comenzó por prender á uno de los hombres mas ilustres de la República, que pasaba por ser el objeto de todos los celos del primer consul. Muchos preguntaban, ¿dónde se hallaban Jorge y Pichegrú? Segun ellos, no estaban ciertamente en Paris, ni era fácil que los encontrasen, porque todo aquello no era mas que una fábula mal urdida y una invencion odiosa.

Si el primer consul se habia mostrado en un principio bastante tranquilo á pesar del nuevo pe-

ligro que amenazaba á su persona, irritóse profundamente al ver las negras calumnias á que daba ocasion este peligro. Preguntábase á si mismo sino bastaba ser blanco de las intrigas mas horribles, y era preciso pasar además por conspirador y por envidioso, cuando era perseguido por la mas baja envidia, y ser considerado como autor de proyectos pérfidos contra la vida de otros, cuando su propia vida corria los mayores peligros. Apoderóse, pues, de él una cólera que aumentaba á cada progreso que hacia la sumaria instruccion del proceso; y hasta empleó una especie de encarnizamiento en descubrir los autores de la conspiracion; no porque tratase de garantir su vida, pues confiaba demasiado en su fortuna, sino porque queria confundir la infamia de sus detractores, que lo presentaban como inventor de las tramas á que se habia visto espuesto, y de las cuales podia ser todavia víctima.

En esta ocasion, no estaba ya irritado contra los republicanos, sino contra los realistas. Cuando la máquina infernal, aunque los realistas eran los autores, descargaba toda su furia contra los republicanos, porque en ellos veia el obstáculo á todo el bien que proyectaba: empero en aquel instante su indignacion tenia otro objeto. Desde su advenimiento al poder, habia hecho cuanto podia en favor de los realistas; los habia sacado de la opresion y del destierro, habiales devuelto la cualidad de franceses y de ciudadanos; habiales restituido sus bienes en cuanto habian alcanzado sus fuerzas, y todo esto contra el dictámen y voluntad de sus mas fieles partidarios. Para llamar á los sacerdotes, habia arrostrado las preocupaciones mas

arraigadas del pais y del siglo; para llamar á los emigrados, habia arrostrado las alarmas de la clase mas desconfiada, la de los compradores de bienes nacionales. En fin, habia investido á algunos de aquellos realistas de las funciones mas importantes, y aun comenzaba á colocarlos cerca de su persona. Cuando se compara, en efecto, el estado en que les habia hallado al salir del régimen de la Convencion y del Directorio, con el que les habia dado, no se puede menos de reconocer que nunca se hizo mas en favor de un partido, que jamás se presentó un protector mas generoso, ni animado de miras mas nobles y elevadas de justicia, ni jamás tampoco se pagó con mas negra ingratitud tantos y tan señalados beneficios; pues el primer consul habia llevado su generosidad en favor de los realistas, hasta el punto de arriesgar su popularidad, y lo que es peor, la confianza de todos los hombres sinceramente adictos á la Revolucion, por haber dejado decir y ereer, que pensaba en restablecer los Borbones. Por premio de estos esfuerzos y de estos beneficios, los realistas habian intentado volarle por medio de un barril de pólvora en 1800, y ahora querian degollarle en medio de un camino, y los mismos que habian urdido la conjuracion, eran los que le acusaban de conspirador en sus salones.

Este fué el sentimiento que llenó repentinamente su alma fogosa, y que produjo en él una reaccion inesperada contra el partido culpable de tales ingraticudes. Así es que su venganza no buscaba ya á los republicanos en esta ocasion: sin duda no le disgustaba ver á Moreau reducido á recibir el humillante beneficio de su clemencia,

pero queria descargar sobre los realistas todo el peso de su cólera, y estaba resuelto, como él decia, á no darles cuartel. Las revelaciones que siguieron, aumentaron mucho mas este sentimiento, y lo convirtieron en una especie de pasion.

Mientras que buscaban á Jorge y Pichegrú con la mas esquisita vigilancia, se hicieron nuevas prisiones, y se obtuvieron de Picot y de Bouvet de Lozier, detalles mas completos y mas graves que todos los que hasta entonces les habian sido arrancados. No queriendo estos hombres pasar por asesinos, se apresuraron á manifestar que habian venido á Paris en compañía de los hombres mas ilustres, y que contaban con los principales señores de la corte de los Borbones, principalmente con los señores Polignac y Riviere, y enfin, declararon positivamente que debia ponerse un príncipe á su cabeza. Esperábanle, segun decian, á cada instante, y aun creian que este príncipe tan esperado, debia formar parte del último desembarco, del que estaba anunciado para febrero, divulgándose entre ellos la noticia de que este príncipe era el duque de Berry. (1)

(1) *Estracto de la cuarta declaracion de Luis Picot, delante del prefecto de policia: 25 de pluvioso (15 de febrero.—Tomo II.º, pág. 598.*

Ha declarado:

He desembarcado con Jorge entre Dunquerque y la ciudad de Eu. Ignoro si ha habido desembarcos anteriores: despues ha habido dos. Trátase de un cuarto desembarco mucho mas considerable, que debian verificar veinte y cinco personas, en cuyo número deberia hallarse el duque de Berry. Ignoro si se ha verificado este desembarco; sé que Pouvet y el llamado Armand, debian ir á buscar al príncipe.

Las declaraciones que se dieron sobre este particular no pudieron ser mas precisas, ni mas conformes, ni mas completas. La conjuracion adquirió á los ojos del primer consul, una funesta claridad.

Vió al conde de Artois, y al duque de Berry, rodeados de emigrados, afiliados por Pichegrú á los republicanos, que tenian á su servicio una cuadrilla de sicarios, y que hasta prometian ponerse á su cabeza, para degollarle en una celada, que llamaban un combate leal con armas iguales. Acometido por una especie de furor, no tuvo ya mas que un deseo, el de apoderarse de aquel príncipe que debia ir á Paris por la costa de Biville. Aquella vivacidad de lenguaje á que se entregaba cuando la ocurrencia de la máquina infernal, contra los jacobinos, se habia vuelto ahora toda entera contra los príncipes y los grandes señores que se rebajaban hasta el punto de encar-

*Estracto del segundo interrogatorio de Bouvet, 30 de pluvioso (20 de febrero).—Tomo II, pág. 172.*

*Pregunta.* ¿En qué época y de qué manera creéis que Moreau y Pichegrú se han concertado para el plan que Jorge habia venido á ejecutar en Francia, y que tendia al restablecimiento de los Borbones?

*Respuesta.* Creo que desde mucho tiempo atrás sostenian una larga correspondencia Pichegrú y Moreau, y hasta que Pichegrú no dió al príncipe una seguridad de que Moreau empleaba todos sus medios para hacer un movimiento en Francia á su favor, no quedó arreglado el plan, si bien de una manera vaga: consistía este en el restablecimiento de los Borbones; un movimiento en Paris, sostenido con la presencia del príncipe; un ataque á viva fuerza dirigido contra el primer consul; la presentacion del príncipe en los ejércitos, verificada por Moreau, que de antemano debia haber preparado todos los ánimos.

garse de semejante papel.—Los Borbones creen, decia, que se puede derramar mi sangre como la de los mas viles animales. Mi sangre sin embargo vale tanto como la suya. Voy á devolverles el terror que quieren inspirarme. Perdonó á Moreau su debilidad, y los impulsos de su necia envidia; pero mandaré fusilar implacablemente al primero de esos príncipes que caiga en mis manos. Yo les haré ver con quien tienen que habérselas.—Tal era el lenguaje que usaba sin cesar durante aquel terrible proceso. Estaba sombrío, taciturno, agitado y amenazador, y lo que era mas raro, trabajaba mucho menos. Parecia haber olvidado por el pronto á Boloña, Brest y el Texel.

Sin perder un momento, mandó llamar al coronel Savary, en cuya lealtad descansaba enteramente, pues á pesar de cuanto han dicho los destructores ordinarios de todo régimen caído, el coronel Savary no era un malvado. Habiendo vivido siempre en medio de los ejércitos, no profesaba principios fijos sobre nada, ni conocia otra moral que la fidelidad á un gefe de quien habia recibido los mayores beneficios. Acababa de pasar algunas semanas en el Bocage, disfrazado, y espuesto á los mas graves peligros. El primer consul le mandó que se disfrazara de nuevo y marchase con un destacamento de gendarmes escogidos á apostarse en la costa de Biville. Estos gendarmes escogidos, eran en la gendarmería lo que la guardia consular en el resto del ejército, es decir, la reunion de los soldados mas valientes y disciplinados de su arma. Podia confiárseles las comisiones mas difíciles, sin temer la menor infidelidad. Algunas veces, para cual-

quiera necesidad imprevista del servicio, partian dos de ellos en una silla de posta, conduciendo muchos millones en oro al interior de las Calabrias ó la Bretaña, sin que jamas les ocurriera faltar á su deber. No eran, pues, sicarios, como se ha pretendido, sino soldados que obedecian á sus gefes con una exactitud rigurosa, exactitud temible, es verdad, bajo un régimen arbitrario y con las leyes de la época. El coronel Savary debió llevar consigo unos cincuenta hombres, proporcionarles un disfraz, armarlos bien y conducirlos á la costa de Biville. Ninguno de los declarantes manifestó dudas sobre la presencia de un príncipe en la tropa que iba á desembarcar muy pronto, y solo estaban discordes en un punto; no se sabia si seria el duque de Berry ó el conde de Artois. El coronel Savary recibió orden de pasar dia y noche sobre la cumbre de las rocas de aquellas costas, apoderarse de todos los que lo verificaran y trasladarlos á París. La resolucioñ del primer consul era irrevocable; estaba decidido á llevar ante una comision militar, y á mandar fusilar en el acto al príncipe que cayera en sus manos. ¡Deplorable y terrible resolucioñ, cuyas funestas consecuencias veremos en breve!

Mientras el primer consul daba estas órdenes, manifestó sentimientos enteramente distintos respecto de Moreau. Tenialo á sus pies, comprometido, despojado de toda consideracion; queria tratarle con una generosidad sin límites, y al efecto dijo al gran juez el mismo dia de la prision:—Es preciso que todo lo que concierne á los republicanos concluya entre Moreau y yo. Id á preguntarle en su prision; traedle en vuestro coche á las

Tullerías; y si me lo confiesa todo, olvidaré sus extravíos producidos por una envidia, que era mas bien la de las personas que lo rodeaban que la suya propia.—Desgraciadamente, era mas fácil al primer consul perdonar, que á Moreau aceptar su perdon. Confesarlo todo, es decir, echarse á los pies del primer consul, era un acto de abatimiento que no se podia esperar de un hombre, cuya alma tranquila se elevaba poco, pero que se abatia poco tambien. Nadie mejor que Mr. Fouché, si hubiera sido todavía ministro de policía, debia haber recibido el encargo de ver á Moreau, porque era el hombre mas capaz por su carácter franco é insinuante, para introducirse en una alma cerrada por el orgullo y la desgracia, y para dominar este mismo orgullo, diciéndole con una especie de indulgencia, cuyo lenguaje solo él conocia:—Habeis querido derribar al primer consul pero habeis sucumbido. Sois su prisionero. El lo sabe todo; os perdona, y quiere restituiros vuestra situacion. Aceptad su buena voluntad, no os dejéis estraviar por un falso honor, hasta el punto de rechazar una gracia inesperada, que os volverá á colocar donde estariais, sino hubiéseis espuesto vuestra existencia conspirando.—En lugar de este medianero poco escrupuloso, pero hábil, se envió para ver á Moreau á un hombre de bien, que presentándose al ilustre acusado con todo el aparato de su ministerio, frustró las buenas intenciones del primer consul. El gran juez Regnier vino á la prision, vestido con su toga y acompañado del secretario del consejo de estado, Locré. Mandó comparecer á Moreau, y le interrogó largamente y de una manera algo fria. Preso en

aquella misma mañana Lajolais, habia declarado casi todo lo que concernia á las relaciones de Moreau con Pichegrú. Confesaba haber servido de medianero para proporcionar una entrevista entre Pichegrú y Moreau, haber ido á Lóndres, traído á Pichegrú y puéstole en los brazos de Moreau, todo esto con la intencion, segun decia, de obtener el perdon del uno con las solícitas instancias del otro. Lajolais no habia callado mas que las relaciones con Jorge, que una vez confesadas habrian hecho su version inadmisibile. Pero este desgraciado ignoraba que las relaciones de Pichegrú con Jorge y con los príncipes emigrados estaban comprobadas de una manera incontestable por otras declaraciones, y que entregar solamente el secreto de las entrevistas de Moreau con Pichegrú era establecer un lazo fatal entre Moreau, Jorge y los príncipes emigrados. Bastaban, pues, las deposiciones de Lajolais para poner en evidencia la culpabilidad de Moreau. La primera cosa que debia hacerse era ilustrar amistosamente á este último, sobre la marcha del proceso, para no esponerlo á mentir inútilmente, y probándole que se sabia todo, llevarlo como por la mano á que lo declarara todo. Si á esto se hubiera agregado el tono y el lenguaje que podian invitarle á la confianza, acaso se habria provocado un momento de abandono que hubiese salvado á aquel infortunado; pero en vez de obrar de esta suerte, el gran juez interrogó á Moreau sobre sus relaciones con Lajolais, Pichegrú y Jorge, dando lugar á que sobre cada uno de estos puntos dijera siempre que nada sabia, que no habia visto á nadie y que ignoraba porqué se le hacian tales preguntas, y

no haciéndole ver que se empeñaba en un laberinto de negaciones inútiles y comprometidas. No tuvo, pues, esta entrevista con el gran juez el resultado que esperaba de ella el primer consul y que habría hecho posible un acto de clemencia tan noble como útil.

Mr. Regnier volvió á las Tullerías para referir el resultado del interrogatorio de Moreau.—Pues bien, dijo el primer consul, ya que no quiere confesarme su delito tendrá que hacerlo ante la justicia.—Mandó, pues, el primer consul que se siguiese el proceso con todo rigor, desplegando la mayor actividad para apoderarse de los culpables; por que ante todas cosas queria salvar el honor de su gobierno, gravemente comprometido, si no presentaba la prueba de la realidad de la conspiracion, por consecuencia del arresto de Jorge y de Pichegrú. Sin la prision de estos se le hubiera tenido por un envidioso vil, cuya mira era comprometer al segundo general de la República. Continuamente se arrestaban nuevos cómplices que no dejaban duda alguna acerca del conjunto y de los detalles del plan, y particularmente respecto del propósito de asaltar el coche del primer consul entre Saint-Cloud y París, sobre la presencia de un jóven príncipe á la cabeza de los conjurados, sobre la llegada de Pichegrú para ponerse de acuerdo con Moreau, sobre la divergencia de sus miras, y finalmente sobre los entorpecimientos y dilaciones que de esta divergencia habian resultado y que habian causado la ruina de todos. Conocianse, pues, todos los hechos, pero aun no habia sido preso ninguno de los gefes, cuya presencia hubiera convencido á los mas incrédulos;

tampoco se lograba arrestar al príncipe tan esperado, en quien queria el primer consul, arrebatado de su cólera, hacer un ejemplar terrible y sangriento. Situado el coronel Savary en la costa de Biville daba cuenta de haberlo visto todo, y comprobado los hechos resultando la perfecta exactitud de las revelaciones respecto al modo de hacer los desembarcos, á el camino misterioso abierto entre Biville y París, á la existencia del pequeño buque que todas las tardes bordeaba á lo largo de la costa, aproximándose siempre al parecer, sin que en realidad se aproximase. Habia motivo para creer que se habia dado orden para que no se verificase ya el nuevo desembarco ó á lo menos para que se suspendiese, sin duda porque no se hacian sobre la cumbre de aquella costa las señas convenidas entre los conjurados, ó porque se hubiesen enviado á Lóndres nuevos avisos é instrucciones de París. Obediente entretanto el coronel Savary á las órdenes que habia recibido esperaba con una paciencia imperturbable.

Apenas pasaba dia sin que se descubriese en París la huella de Pichegrú ó de Jorge, y cuando parecia que iban ya á ser arrestados, resultaba que volvía á perderseles la pista. El primer consul, que por cierto no reparaba en los medios, resolvió presentar una ley cuyo carácter puede probar las ideas que despues de la época de la revolucion dominaban acerca de las garantías de los ciudadanos hoy tan respetadas. Propúsose, pues, al Cuerpo legislativo una ley, por la que se imponia á todo individuo que diese asilo á Jorge, Pichegrú y sesenta mas de sus compañeros, cuyas señas se designaban, no la pena de encarcelamien-



to y trabajos forzados, sino la muerte. Cualquiera que habiéndolos visto ó sabido su paradero no los denunciase, sería castigado con seis años de trabajos forzados. Esta ley formidable que mandaba bajo pena de muerte un acto bárbaro, fué adoptada el mismo día en que se presentó, sin la menor resistencia.

Apenas se promulgó esta ley, siguieron á ella precauciones no menos rigurosas. Como se podía temer que los conjurados perseguidos de esta suerte, trataran de buscar su salvacion en la fuga, se mandó cerrar todas las puertas de París, de modo que por espacio de muchos días quedó franca y espedita la entrada á todo el mundo, pero no se permitió á nadie salir de la capital. Para asegurar la ejecucion de esta medida se mandó situar la guardia de á pié por destacamentos en todas las puertas de la capital y á la de á caballo hacer patrullas continuas á lo largo de las murallas, con orden de prender á cualquiera que intentase saltarlas ó hacer fuego sobre el que quisiera huir. En fin los marineros de la guardia, distribuidos en canoas, se estacionaron en el Sena durante día y noche. Los correos del gobierno eran los únicos que tenían la facultad de salir despues de haber sido registrados y reconocidos, para evitar todo engaño.

Fué tal el terror que cundió por todo París, que no parecía sino que se habia vuelto á los tiempos mas funestos de la Revolucion. Los enemigos del primer consul abusando cruelmente del estado de agitacion y zozobra en que se hallaban todos los ánimos, se cebaron mas que nunca en la persona del primer consul, diciendo de él todo

cuanto se habia dicho en otro tiempo de la antigua junta de salvacion pública. Como él mismo dirigia la policia, estaba al corriente de todas las injurias que le dirigian sus enemigos, y su exasperacion sin cesar acrecentada, le hacia capaz de los actos mas violentos. Habíase vuelto tétrico, duro, inexorable hasta el punto de no preguntar á nadie. Desde los últimos acontecimientos no quiso disimular ya su cólera contra Mr. de Marcoff, cólera que en la ocasion presente estallaba de una manera terrible. Hallábase entre los presos un suizo, agregado, no se sabe con qué carácter, á la embajada de Rusia, verdadero intrigante, que ninguna legacion estrangera, si consultaba su decoro, debia admitir á su servicio. A este paso tan indecoroso, habia añadido Mr. de Marcoff el mas indecoroso, todavia de reclamarlo. El primer consul dió orden para que lejos de entregarlo se redoblará la vigilancia de su prision, como si de este modo hubiese querido dar á conocer á Mr. de Markoff toda la imprudencia de su deshonrosa conducta. Dos circunstancias, en que hasta entonces no habia reparado el primer consul, vinieron á aumentar en aquella ocasion su cólera y su conflicto; era la primera que Mr. de Entraigues, antiguo agente de los principes emigrados, se hallaba en Dresde, con una comision diplomática del emperador de Rusia, y la segunda que un tal Vernegues, emigrado tambien adicto á los Borbones y enviado por ellos á la corte de Nápoles, estaba en Roma con el carácter de súbdito ruso. El primer consul reclamó de la corte de Sajonia la persona de Mr. de Entraigues, y á la de Roma el inmediato arresto y estradicion del emigrado Ver-

negues, reclamando estos actos de rigor de una manera perentoria que no dejaba la facultad de contestar con una negativa. Dispuesto el primer consul á tratar á Mr. de Markoff como habia tratado á lord Withworth, en la primera recepcion diplomática que tuvo, le dijo que era muy extraño que los embajadores recibiesen á su servicio á hombres que conspiraban contra el gobierno, y mucho mas extraño que se atreviese todavía á reclamarlos. —¿Por ventura, añadió, cree la Rusia tener sobre nosotros alguna superioridad que le permita semejante proceder? ¿Nos supone degenerados hasta el punto de tolerar semejantes agravios? se equivoca; estoy decidido á no sufrir la menor afrenta de ningun príncipe de la tierra. —Diez años antes la benévola revolucion de 89 habia llegado á ser la sangrienta revolucion de 93, por las provocaciones continuas de enemigos insensatos. Un efecto del mismo género se verificaba en aquel instante en el alma fogosa de Napoleon. Aquellos mismos enemigos portándose con Napoleon como se habian portado con la Revolucion, hacian pasar del bien al mal, y de la moderacion á la violencia, al que hasta entonces habia sido demasiado prudente á la cabeza del estado. Los realistas á quienes habia sacado de la opresion, y la Europa, á la que habia tratado de vencer con su templanza, despues de haberla vencido con su espada, en una palabra, todo cuanto mas habia respetado hasta entonces, estaba dispuesto á maltratarle á la sazón de obra y de palabra. Aquello era una tempestad escitada en una alma grande por la ingratitude de los partidos y la imprudente malquerencia de la Europa.

Una profunda ansiedad reinaba en Paris. La terrible ley dada contra los que ocultasen á Jorge, Pichegrú y sus cómplices, no habia engendrado en nadie la baja resolucion de entregarlos; pero nadie tampoco queria darles asilo. Estos desgraciados, á quienes hemos dejado desunidos y desconcertados por sus divergencias, andaban errantes por la noche, de casa en casa, pagando algunas veces de seis á ocho mil francos por el retiro que les concedian solamente por espacio de algunas horas. Pichegrú, Mr. de Riviere y Jorge vivian en una horrible perplegidad, si bien este último soportaba denodadamente su situacion, habituado como estaba á las aventuras de la guerra civil. Por otra parte no se sentia humillado; habia comprometido en torno suyo cuanto habia de mas augusto, y pensaba solamente en salir de aquel mal paso, como de tantos otros de que habia salido afortunadamente, gracias á su inteligencia y su valor. Pero aquellos individuos de la nobleza francesa que habian creido que la Francia, ó por lo menos su partido, iba á abrirles los brazos, y que no hallaban mas que frialdad, obstáculos ó censura, estaban desolados y casi arrepentidos de su empresa, porque ahora mas que nunca conocian toda la odiosidad de un proyecto, que no se presentaba ya con los colores engañosos que la esperanza del triunfo dá á todas las cosas, y porque conocian tambien toda la bajeza de las relaciones á las que se habian entregado introduciéndose en Francia con una cuadrilla de chuanes. Pichegrú que á vicios deplorables reunia las cualidades de la calma, la prudencia y una alta penetracion, Pichegrú conocia demasiado que en lugar de le-